

Hermanito y hermanita

El hermanito tomó a la hermanita de la mano y dijo: «Desde que nuestra madre falleció, no tenemos ni una hora de alegría; la madrastra nos golpea cada día, y cuando vamos hacia ella, nos ahuyenta a patadas. Nos alimenta solo con las cortezas duras que sobran de la mesa, y hasta el perrillo bajo la mesa vive mucho mejor: a él al menos, aunque sea de vez en cuando, le arroja un bocado sabroso. ¡Dios no permita que nuestra madre lo supiera! Vamos, vaguemos juntos por el blanco mundo».

Y se fueron, y caminaron todo el día por prados, por campos y entre piedras; y cuando llovía, la hermanita decía: «¡El cielo y nuestros corazones lloran al unísono!»

Por la tarde llegaron a un gran bosque y estaban tan exhaustos por su dolor, el hambre y el largo camino, que se metieron en el hueco de un árbol y se durmieron.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el sol ya estaba alto en el cielo y calentaba intensamente el hueco del árbol. Entonces el hermanito dijo: «Hermanita, tengo sed, y si supiera dónde hay cerca un manantial, correría ahora mismo allí para beber; me parece haber oído aquí cerca el murmullo del agua». Se levantó, tomó a la hermanita de la mano, y fueron a buscar el manantial.

Pero su malvada madrastra era bruja y había visto cómo los niños se iban de casa, y ella misma, invisible como todas las brujas, se arrastró tras ellos y hechizó todos los manantiales del bosque.

Así encontraron un manantial que brillaba saltando sobre las piedras, y el hermanito ya quería beber de él; sin embargo, la hermanita oyó cómo el manantial murmuraba entre el chapoteo: «¡Quien beba de mis aguas, en tigre se convertirá! ¡Quien beba de mis aguas, en tigre se convertirá!»

Entonces la hermanita exclamó: «Te ruego, hermanito, no bebas, o te convertirás en una fiera cruel y me destazarás».

El hermanito no bebió, aunque lo atormentaba una sed insoportable, y dijo: «Esperaré hasta la próxima fuente».

Cuando llegaron al segundo manantial, la hermanita también escuchó entre el murmullo: «Quien beba de mis aguas, en lobo se convertirá; quien beba de mis aguas, en lobo se convertirá».

Y gritó la hermanita a su hermano: «Hermanito, te ruego, no bebas, o te convertirás en lobo y me devorarás».

No bebió el hermanito y dijo: «Esperaré hasta la próxima fuente, pero allí beberé sin falta, digas lo que digas: mi sed es demasiado insoportable».

Así llegaron al tercer manantial, y la hermanita oyó cómo murmuraba entre el chapoteo: «Quien beba de mí, en cabrito salvaje se convertirá; quien beba de mí, en cabrito salvaje se convertirá».

La hermanita dijo: «Ay, hermanito, te ruego, no bebas, o te convertirás en cabrito salvaje y huirás de mí».

Pero el hermanito ya se había lanzado hacia el manantial, se inclinó sobre él y sorbió un poco de agua, y apenas la primera gota tocó sus labios, ya se encontraba junto al manantial convertido en un cabrito salvaje.

La hermanita lloró sobre su hermano encantado, y el cabritillo también lloró y se sentó junto a ella triste y abatido. Finalmente la hermanita dijo: «No te entristezcas, querido cabritillo, nunca te abandonaré».

Entonces desató su liga dorada y se la ató al cuello al cabritillo; luego arrancó juncos y trenzó con ellos una suave cuerdecilla. A esta cuerda ató al cabritillo y lo llevó consigo, y siguió caminando y caminando hacia lo profundo del bosque. Y así, después de un larguísimo trayecto, llegaron finalmente a una pequeña casita, y la hermanita miró dentro; la casita estaba vacía, y ella pensó: «Aquí podemos quedarnos y establecernos».

Entonces recogió hojas y musgo para hacer una cama blanda para el cabritillo, y cada mañana salía de la casa y recogía para sí raíces, bayas y nueces, mientras que para el cabritillo traía hierba tierna, que él comía de sus manos y estaba contento, y jugaba junto a ella.

Por la tardecita, cansada, la hermanita solía rezar, apoyaba su cabeza sobre la espalda del cabritillo como si fuera una almohadita, y así se dormía. Y si tan solo el hermanito hubiera conservado su antigua forma humana, les habría ido maravillosamente bien.

Así vivieron durante algún tiempo completamente solos en la soledad.

Sucedió, sin embargo, que el rey de aquel país organizó una gran cacería en ese bosque.

Por todas partes resonaron los sonidos de los cuernos, los ladridos de los perros, y los alegres gritos de los cazadores se extendieron lejos por el bosque, y el cabritillo

escuchaba todo esto y deseaba muchísimo estar allí. «Ay —dijo a su hermana—, déjame salir para ver la cacería. ¡No puedo permanecer quieto aquí!» Y la suplicó hasta que ella lo dejó ir. «Solo ten cuidado —le dijo ella—, vuelve por la noche conmigo, pues tendré que encerrarme para protegerme de esos malvados cazadores; y para que yo te reconozca, llama y di: 'Hermanita, déjame entrar', y si no dices eso, no te abriré la puerta».

Así el cabritillo salió corriendo de la casa, y se sentía tan bien, tan alegre al aire libre. El rey y los sirvientes notaron al hermoso animal y emprendieron la persecución, pero no lograron atraparlo, y cuando ya creían tenerlo en sus manos, él saltó sobre un arbusto y desapareció.

Apenas oscureció, llegó corriendo a la casita, llamó y dijo: «Hermanita, déjame entrar». Entonces le abrieron la pequeña puerta, él saltó dentro de la casa y descansó toda la noche en su pequeño lecho.

A la mañana siguiente la cacería continuó de nuevo, y cuando el cabritillo oyó el sonido de los cuernos y los gritos de los monteros, volvió a inquietarse y dijo: «Hermanita, ábreme, déjame salir». La hermanita abrió la puerta y dijo: «Solo vuelve непременно por la noche y no olvides tus palabras».

Cuando el rey y sus monteros vieron de nuevo al cabritillo con el collar de oro, todos se lanzaron en su persecución; pero resultó ser extraordinariamente rápido y ágil.

Todo el día lo persiguieron; finalmente, al atardecer, lo rodearon, y uno de los monteros lo hirió ligeramente en una pata, de modo que cojeó y ya no corría tan rápido.

Entonces uno de los monteros lo siguió sigilosamente hasta la misma casita y oyó cómo el cabritillo decía: «Hermanita, déjame entrar», y vio cómo la puerta se abría ante él y volvía a cerrarse.

El montero recordó perfectamente todo esto, fue donde el rey y le contó lo que había visto y lo que había oído. Entonces el rey dijo: «Mañana seguiremos cazando».

Y la hermanita se asustó terriblemente cuando vio que su cabritillo estaba herido. Lavó la sangre de su herida, aplicó hierbas medicinales y dijo: «Acuéstate en tu camita, querido cabritillo, para que sanes pronto».

La herida era, sin embargo, tan insignificante, que por la mañana el cabritillo ya ni la sentía.

Y cuando escuchó los alegres sonos de los cuernos de caza que llegaban desde el bosque, dijo: «No puedo quedarme en casa, debo estar allí; no me atraparán tan fácilmente».

La hermana lloró y comenzó a decirle: «Ahora te matarán, y yo quedaré aquí sola en el bosque, abandonada por todos: no te dejaré ir hoy». «¡Entonces moriré aquí ante tus ojos de pena! —respondió el cabritillo—. ¡Cuando oigo el sonido del cuerno de caza, mi alma se dirige allá!»

Entonces la hermanita vio que no podía retenerlo, y con gran renuencia le abrió la puerta, y el cabritillo, alegre y vigoroso, se lanzó hacia el bosque.

El rey, apenas lo vio, dijo a sus monteros: «Ahora perseguidlo siguiendo su rastro todo el día hasta la noche, pero que nadie le haga ningún daño».

Y cuando el sol se puso, dijo al montero que el día anterior había seguido al cabritillo: «Bien, vamos, muéstrame la casita del bosque».

Al llegar frente a la puertecilla, llamó y gritó: «Hermanita, déjame entrar».

Entonces la puerta se abrió, el rey entró en la casita y vio allí a una doncella de belleza incomparable. Ella se asustó al ver que no era su cabritillo quien entraba, sino un hombre con una corona de oro en la cabeza. Pero el rey la miró con dulzura, le tendió la mano y dijo: «¿No deseas venir conmigo al castillo y ser mi amada esposa?» «¡Oh, sí! —dijo la doncella—. Pero el cabritillo debe estar conmigo; no lo dejaré aquí». «Que se quede contigo —dijo el rey—, mientras tú vivas, que a él también le haya de todo en abundancia».

Mientras tanto llegó el cabritillo, y la hermana volvió a atarlo con la cuerdecilla, tomó la cuerda en sus manos y salió junto con el cabritillo de la casita del bosque.

El rey tomó a la hermosa joven en su caballo y la llevó a su magnífico castillo, donde se celebró una boda riquísima, y la hermanita se convirtió en reina y vivió durante mucho tiempo con su esposo en plena abundancia; y cuidaron del cabritillo y lo protegieron, y él saltaba libremente por el jardín del castillo.

Y la malvada madrastra, por cuya culpa los niños habían ido por el mundo, ya pensaba que probablemente las fieras salvajes habían destazado a la hermanita en el bosque, y que el hermanito, convertido en cabrito salvaje, había sido abatido por los cazadores.

Pero cuando

ella oyó que eran tan felices y que les iba bien en la vida, entonces la envidia y la hostilidad volvieron a hablar en su corazón y no le daban paz, y comenzó a pensar solo en cómo hacer de nuevo desgraciados a ambos.

La hija propia de la madrastra, mala como el pecado mortal, y además tuerta de un ojo, empezó a reprochar a su madre y decía: «A mí me correspondería ser reina, y no a esa muchachita». — «Siéntate y calla —dijo la vieja bruja, halagándola—, llegará el tiempo y ya sabré aprovecharlo».

Pasado cierto tiempo, la reina dio a luz a un hermoso niño, y justo en ese momento el rey estaba de caza...

Entonces la vieja bruja adoptó la apariencia de una doncella de la reina, entró en la habitación donde yacía la parturienta y dijo: «Haced el favor, el baño está listo para vos, os será beneficioso y os dará nuevas fuerzas; venid pronto, antes de que se enfríe el agua».

Su hija estaba allí mismo a su lado; juntas llevaron a la debilitada reina al baño y la sumergieron en la bañera; luego cerraron la puerta con firmeza y huyeron de allí. Y en el baño encendieron un fuego tan infernal que la hermosa y joven reina necesariamente tenía que asfixiarse allí.

Cuando esto estuvo hecho, la vieja bruja tomó a su hija, le puso una cofia y la acostó en la cama en lugar de la reina. Le dio también la figura y la apariencia de la reina, solo que, como era tuerta de un ojo, así permaneció; y para que el rey no lo notara, la hija de la bruja debía yacer sobre el lado hacia el cual tenía el ojo torcido.

Por la tarde, cuando el rey regresó y supo que le había nacido un hijito, se alegró de todo corazón y quiso acercarse a la cama y ver a su querida esposa.

Entonces la vieja bruja se apresuró a gritar: «¡Por amor de Dios, bajad las cortinas, la reina aún no debe mirar la luz, y además necesita reposo!».

El rey se apartó de la cama y no sabía que sobre ella no yacía su esposa, sino otra, una reina suplantada.

Justo a medianoche, cuando todos dormían, la nodriza, que estaba sentada en la habitación del niño junto a la cuna y era la única que no dormía en toda la casa, vio que la puerta se abría y que la verdadera reina entraba en la habitación del niño.

Sacó al niño de la cuna, lo puso en su brazo y le dio de mamar. Luego le arregló la almohadita, lo volvió a colocar en la cunita y lo cubrió con la mantita. No olvidó tampoco al cabritillo; fue al rincón donde él yacía y lo acarició por la espalda.

Después salió de nuevo por la puerta en profundo silencio, y la nodriza, a la mañana siguiente, preguntó a los guardias si alguien había venido al castillo durante la noche, y recibió la respuesta: «No, no hemos visto a nadie».

Así vino ella muchas noches seguidas y nunca pronunció ni una sola palabra; la nodriza la veía cada noche, pero no se atrevía a decirle nada a nadie sobre ello.

Pasado algún tiempo, la reina, durante una de sus visitas nocturnas, habló y dijo:

¿Qué tal, mi hijito? ¿Qué tal, mi cabritillo?

Vendré dos veces más y luego iré a descansar.

La nodriza no le respondió nada; pero cuando desapareció, la nodriza fue donde el rey y le contó todo.

El rey dijo: «Dios mío, ¿qué significará esto? La próxima noche pasaré junto a la cuna de mi hijo».

Y efectivamente, desde la tarde llegó a la habitación del niño, y exactamente a medianoche volvió a presentarse la reina y dijo:

¿Qué tal, mi hijito? ¿Qué tal, mi cabritillo?

Vendré una vez más y luego iré a descansar.

Y después cuidó del niño, igual que en las visitas anteriores, y luego desapareció. El rey no se atrevió a hablarle, pero tampoco durmió la noche siguiente. Y de nuevo ella repitió:

¿Qué tal, mi hijito? ¿Qué tal, mi cabritillo?

He venido por última vez; me voy a descansar.

Entonces el rey ya no pudo contenerse, corrió hacia ella y dijo: «Tú no eres otra que mi querida esposa». Y ella respondió: «Sí, soy tu querida esposa», y en ese mismo instante, por la gracia de Dios, la vida retornó a ella, y se presentó ante el rey fresca, sonrosada y sana.

Luego le contó al rey sobre la maldad que habían cometido contra ella la malvada bruja y su hija. El rey ordenó que ambas fueran llevadas a juicio, y allí se pronunció sentencia contra ellas. A la hija la condenaron a ser llevada al bosque, donde las fieras salvajes la destrozaron; y a la bruja la subieron a la hoguera, donde se quemó. Y cuando de la bruja solo quedaron cenizas, el cabritillo salvaje dejó de ser un hombre transformado y volvió a ser un joven; y vivieron el hermanito y la hermanita inseparables y felices hasta el día de su muerte.

